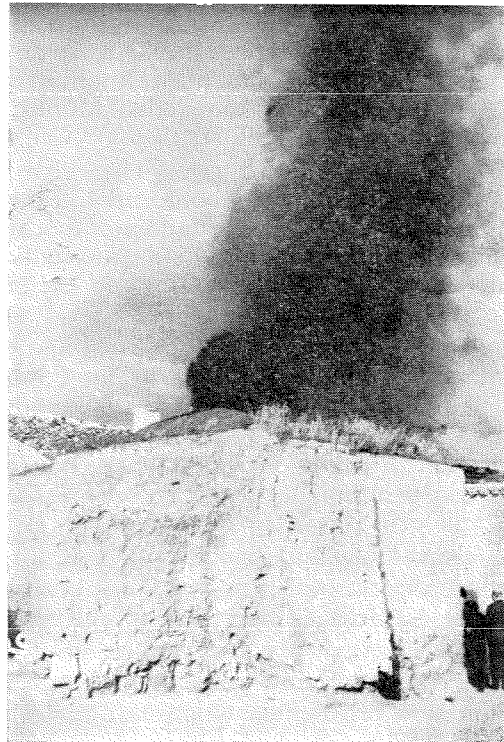


pues ellas han sido durante siglos uno de los brazos más vigorosos y calificados de la industria netamente manchega.

Es manifiesta aquí la decadencia del arte, pues se trata del horno más pequeño de cuantos hubo y se ve escaso el aliento de la cantarería, en manos cansadas, sin ayuda ni sucesión. Y otra cosa muy sensible, que las circunstancias, cuyas misteriosas razones, como las de la mano de Dios, no siempre se ven a primera vista, han hecho coincidir en este cuadro. La Mota pierde la cantarería y pierde a su médico de cabecera, don Antoliano Castellanos España, que son dos símbolos de su vida. No se acabarán los cántaros ni la medicina, pero todo será distinto en el futuro, o lo es ya, salvo el quehacer de la cantarera que domina su arte, y el del médico ése, sentado a la derecha de la fotografía, tal vez único en toda la comarca, que siente el impulso de ver al enfermo antes de nada y sólo atiende secundariamente a lo que le cuentan unos y otros, ese médico que ve al enfermo en su integridad psicofísica con sus cinco sentidos y sólo se auxilia, o no se auxilia, de otras exploraciones para cualificar el juicio que ya tiene por su observación personal.

Los cántaros que se necesiten se harán a máquina, como se hacen los ladrillos y las tejas, y lo que sean las enfermedades y sus remedios lo dirán las máquinas, en virtud de aquellos principios elementales y rígidos de que dos y dos son cuatro, porque uno más uno son dos y otros dos cuatro, sin que nadie se adolezca de lo que se siente ni haga por comprenderlo y amarlo. El hombre será operado de modo inexorable,



El horno de la Cruz Verde lanza al espacio su infernal humareda, apenas desviada de la vertical por un ábrego bajo y suave casi imperceptible.